

Montevideo, Febrero 8 de 1949.

Sra. Josefina Lerena Acevedo de Blixen.

Juan Paullier 951.

De mi mayor consideración:

Ante todo debo dar a usted mis expresivas gracias por el amable envío de su libro "Contraluz" que he leído con sumo agrado, tanto por la diafanidad de su estilo, y no creo que ello disminuya en modo alguno su mérito, por el interés que le presta la parte anecdótica que con rectato y distinción, desliza la protagonista, disimulándose bajo el dominó de seda de una María de los Angeles digna de rivalizar con una heroína del Valle de Inclán.

Pero no hay posibilidad de confundir esa María del Rosario, que pasa entre mirtos y rosas, por los jardines umbrosos de la "sonata de primavera", con su casi homónima montevideana, la adolescente inquieta, doblegada bajo las alas pesadas que le daba su pensamiento, soñadora y nostálgica, a cuya eclosión sentimental, al despertarse su veste de crisálida asistimos desde su despertar al mundo de los sueños.

Entre la imagen indecisa de la ficción y la de la realidad palpitante de vida, todo el arte preciosista del orfebre español, no logra infundir a su creación más que el soplo momentáneo de un fuego artificioso.

Pero como su libro es poesía y verdad, en esa doble condición la protagonista centra la atención desde el primer momento. Por eso debe ser leído, no mirando cada capítulo como un episodio particular, sino sintiéndolo en su mirada integral, como el diario íntimo de un alma adolescente.

Ese género literario de las memorias, y no otra cosa es en fondo su obra, ha sido en general cultivado sin mayor gloria – me refiero naturalmente a las pertenecientes al bello sexo – pues cuando no son “babillements” de alegres comadres con el propósito de relatar menudos acontecimientos en que participaron o lucieron, tales las charlas de una condesa de Aulnoy o las memorias de la Duquesa de Abrantes o de Madame Genlis – el tipo de las Memorias femeninas es difícil de encontrar dignamente realizado.

Para un Diario como el de María Baschkiertsseff, la adorable – que salvadas proporciones y distancias, viene a representar con respecto a su sexo, lo que las Confesiones de un Rousseau, con relación al Opuesto ¡Cuántos centenares de páginas sin contenido ni emoción! ¡Cuánta nota falsa! ¡Cuánta ampulosidad vacía de sustancia! ¡Cuánta inútil retórica!.

Usted en cambio ha sabido revivir sus recuerdos, tornarlos a su pristina gracia, infundirles emoción y expresarla con sencillez.

Algunos de ellos, como “El retrato de Voltaire” poseen una visión cómica que no hubiera desdeñado Antatole France. Es una página de antología.

Otros como “La Biblia” guardan como una reminiscencia ingenua de la primera culpa, sentida por una alma infantil. “Yo tenía una hermana” y “La sorpresa de la muerte” trascienden ese dolor íntimo, profundo, angustioso del adolescente, que a menudo los mayores no alcanzan a medir en su intensidad, y que iguala los más grandes que la vida nos depara más tarde.

En este género que parece vedado al bello sexo (¿es que las mujeres no son por esencia confidenciales?) usted ha eludido las dificultades que ofrece, con una gracia llena de discreción. Ha sabido alcanzar la eficacia de la confidencia, y siendo plenamente sincera, no ha incurrido en ningún detalle

inoportuno, logrando la belleza sin artificios, con procedimientos puros y nobles.

Yo creo que todas las cosas que han existido en la tierra, pese a lo dicho, no mueren jamás. En las ondas de luz en que palpitaron un instante, se esparcen por el Universo, como el sonido en las vibraciones del éter. Y un día el hombre logrará volverlas a la tierra, recogiendo los fragmentos esparcidos en el infinito insondable y acaso puedan proyectarse desde el fondo de los siglos recomponiendo el grado de amplitud de sus ondas, las lágrimas de oro de las estrellas.

Y pienso que esas visiones de María de los Angeles, han de estar ahora en un planeta misterioso y remoto.

En tanto, esperan que el descubrimiento germinal pueda algún día reconducirlas otra vez a la tierra, como entonces no seremos más que una sombra, no está demás que la mágica evocación del arte, las devuelva a su quimérica realidad.

Con mis más cordiales felicitaciones.

Juan Carlos Gómez Haedo.